

JOVENES Y MAYORES

La juventud, en estos tiempos de difícil esperanza, está adornada de un indudable prestigio. Fácilmente los jóvenes se mueven entre una especie de irritación que los rechaza, sin más; o de una alabanza permanente que suena artificial; con lo que es fácil que el joven se sienta frecuentemente aislado porque ni el rechazo ni la adulación son actitudes verdaderas.

Se piensa, a veces, que los jóvenes quieren destruir lo que se hizo con grandes trabajos, con perseverantes esfuerzos. Pero los jóvenes son como los libros; son muchos y muy distintos entre sí, merecedores de censura o de aplauso. Si se piensa que solo quieren cambiar o destruir, es fácil que nos acerquemos a ellos con una actitud recelosa o asustada. Pero hay jóvenes que se dedican a limpiar los ríos y los que se esfuerzan por adaptar enfermos a la vida ordinaria.

Es verdad que también hay jóvenes que se proponen no escuchar nunca a personas que tengan más de treinta años, pero no se puede simplificar, el simplismo es una actitud que no deja ver; el fanatismo ciego y el miedo con que nos miramos los unos a los otros nos impide vernos y dificulta la relación de unos con otros, que debería ser amistosa y fuente de bienes para todos.

Pero también sucede que los jóvenes tienen de los mayores, de los viejos, una idea excesivamente simple: los mayores son convencionales, insinceros, los mayores son los que disimulan. Es verdad que quizá las personas mayores tenemos más peligro de convencionalismos; más peligro de estar sometidos a tentaciones que nos hagan desfigurar nuestra propia verdad; pero muchas personas mayores podrían decir que su único triunfo cierto es el de una sincera honradez de corazón, el de haber sobrevivido a muchos temporales y tempestades y haber permanecido sinceros.

Jesús nos dice que no juzguemos, que no nos irrite contra el hermano, que no lo insultemos. Es importante que sepamos que hay señales que orientan y una puede ser el respeto, la reverencia ante cualquier hombre, el abstenernos de juzgar; saber que estamos delante de una realidad que solamente Dios puede mirar con mirada absolutamente justa; los demás tenemos siempre que acercarnos a los hombres respetuosamente.

Por eso cuando vemos hasta qué punto están rotas las posibilidades de diálogo entre jóvenes y maduros, y con ancianos, hay que restablecer los puentes; nos hacemos falta los unos a los otros; pero nos hacemos falta no solo porque juntos tenemos mejores resultados, sino porque en ese trato con respeto y reverencia se advierte entre la niebla la señal de Dios. Y, con Dios, una parcela de la vida que teníamos abandonada.

CULPAR A LAS CIRCUNSTANCIAS...

Scott Peck, en *La ruta menos viajada*, relata una entrevista entre un sargento del ejército estacionado en Okinawa, que tenía problemas con la bebida, y el psiquiatra.

-¿Te gusta leer? -le pregunté.

-Sí. Claro que me gusta leer.

-Entonces, ¿por qué no lees por las noches en lugar de beber?

-En los barracones hay mucho ruido para leer.

-Y ¿por qué no vas a la biblioteca?

-La biblioteca queda muy lejos.

-¿Queda mucho más lejos que el bar adonde sueles ir?

-Es que no soy muy lector. No soy muy aficionado a leer.

-¿Te gusta pescar? -le pregunté después.

-Sí. Me gusta mucho pescar.

-¿Por qué no vas a pescar en lugar de beber?

-Porque tengo trabajo durante todo el día.

-¿No puedes ir a pescar por la noche?

-No. Por la noche no se pesca en Okinawa.

-Pero -le dije- yo conozco varias organizaciones que salen aquí a pescar por la noche. ¿Quieres que te ponga en contacto con alguna?

-Bueno. La verdad es que no me gusta pescar.

-Por lo que te oigo decir -le dije claramente-, en Okinawa hay otras cosas que se pueden hacer, además de beber, pero lo que a ti más te gusta hacer en Okinawa, es beber.

-Sí. Creo que sí.

-Pero es que la bebida te está creando complicaciones, y tienes un serio problema, ¿no es así?

-Es esta maldita isla la que empuja a la bebida.

LA TRISTEZA DE LA NAVIDAD



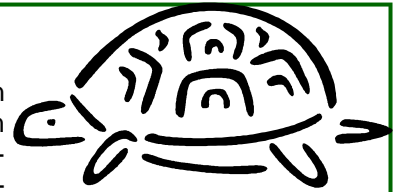
Bien decía un famoso escritor: «En Navidades, procuro visitar belenes y nacimientos. Al menos en ellas



me enfrento una vez al año con mi hipocresía. No hace falta decir que el centro de la Navidad está en la oración y en la liturgia. Pero pienso que siendo de barro como somos, no está tan mal algo que afecte a nuestros ojos y a nuestras emociones humanas y nos haga otra vez niños como Jesús quería que fuéramos. Nuestros antepasados inventaron muy bien la forma de celebrar estas fiestas entrañables.»

No son las Navidades las que entristecen a mucha gente. Es la manera mundana y consumista de vivirlas la causa de esa extraña melancolía. Nos fuerzan a estar alegres exteriormente. Y la verdadera alegría del pesebre nace del interior y sólo la concede la humildad y la sencillez de la verdadera niñez de alma.

EL JARDÍN DE LAS TORTUGAS



Un día, llegó una alondra a un jardín habitado por grandes tortugas. Se posó en una rama, a la sombra de algunas hojas frescas. Las tortugas la encontraron tan graciosa, que empezaron a colmarla de alabanzas. La alondra queriendo agradecerles tanta loa, entonó la canción más dulce y melódica de su repertorio. Hubo un derroche de aplausos y le pidieron que se quedara con ellas. Tanto porfiaron, que la alondra aceptó regresar cada día al anochecer y darles un pequeño concierto. Después, todas se iban a dormir: la alondra a la rama de un árbol y las tortugas a sus caparazones de cuadros.

Un día las tortugas se reunieron para deliberar. La más anciana dijo: «Es una pena que la alondra esté tan poco con nosotras. Encontraré el modo de tenerla más tiempo a nuestro lado». Por la tarde, cuando el pajarito bajó de lo alto y saludó a sus amigas, la sagaz tortuga la llamó aparte y le dijo: «Querida alondra, ¿qué te parece si dejas de volar y te quedas siempre con nosotras, que tanto te queremos?». «Pero yo soy un pájaro -dijo la alondra- y no puedo ser de otra forma. Los que tienen alas quieren ir a lo alto, hacia la luz».

«Tienes razón, pero aun así, las pájaros sois dignos de compasión. Todos los animales, excepto vosotros, lo único que quieren es descansar y tener el estómago lleno, Y, además, ¿no has pensado que el halcón podría echársete encima y el cazador alcanzarte con sus dardos?»

La alondra acabó dándole la razón pero no sabía qué hacer para cambiar su naturaleza. La tortuga le sugirió que cada día se quitara una pluma de las alas.

Así lo hizo la alondra hasta que al final, se encontró con las alas completamente desnudas. Ya no podía alzar el vuelo; pero, en cambio, ¡qué paz y qué comidas! La alondra escarbaba y picoteaba en el suelo como un pollito cualquiera. Engordaba y se divertía jugando con las tortugas.

Hasta que un día llegó al jardín una comadreja hambrienta. La alondra se dio cuenta y empezó a chillar: «¡Auxilio, auxilio, tortugas!». Pero sus amigas, aterrorizadas, se escondieron cada una en su caparazón. El pájaro desplumado intentó guarecerse en una de aquellas corazas; pero dentro no había sitio. Entre los llantos de las tortugas la comadreja se la llevó entre sus fauces:

«¡Me está bien empleado!», decía resignada la alondra. «Había nacido para las alturas y me quedé a ras de tierra».

Hemos nacido para el cielo, no para vivir a ras de tierra. No le vaya a ocurrir a nuestra alma como a la alondra del cuento.

EL HOMBRE QUE FUE CARIDAD

Pedro José de Betancourt, nació en Vilaflor (Tenerife) en 1626 en el seno de una familia cristiana. Los agustinos le enseñaron a leer y escribir, pero, llegado a la adolescencia, cuidaba rebaños para ayudar a su familia. Era un joven honesto y piadoso que practicaba la oración con mucha asiduidad y decide marchar a las Indias, llegando a La Habana, de donde pasaría a Guatemala. No pudiéndose cumplir sus deseos de ser sacerdote o religioso franciscano, se adscribió a la Orden Tercera de San Francisco y se dedicó a hacer el bien, fundando en 1659 el hospital de Nuestra Señora de Belén, donde cuidaba con amor de los enfermos, y abrió también una escuela para niños. Reunió compañeros que se hicieron también terciarios franciscanos y comenzaron a vivir en comunidad dedicados a la hospitalidad y la enseñanza.

Aunque pidió que su comunidad fuera formalizada como una congregación religiosa, no sería hasta después de su muerte cuando se llegó a ello, la Orden Bethlehemita.

El hermano Pedro de Betancourt fue hombre de profunda oración, y se distinguió precisamente por practicar la misericordia con espíritu humilde y vida austera. La devoción a la Santísima Virgen acompañó siempre su vida de piedad y misericordia.

Canonizado en el 2002 es también hoy una apremiante llamada a practicar la misericordia en la sociedad actual, sobre todo cuando son tantos los que esperan una mano tendida que los socorra. El hermano Pedro es una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir por un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación.

RELIGIOSIDAD POPULAR



Según don José Antonio Hernández Navarro, escultor imaginero de Murcia, en los últimos años, se observa un importante auge de las tradiciones religiosas populares: «Yo no sé qué será, esto lo tendrían que estudiar o dar una explicación los sociólogos o los teólogos, pero es cierto que la devoción por las imágenes y las procesiones va a más. Los encargos en mi taller se multiplican, se están formando nuevas Cofradías fundadas por gente joven. Por ejemplo, hay jóvenes que forman un coro, y lo que sacan con sus actuaciones lo emplean para hacer una imagen y fundar su propia cofradía».

Sin duda, la religiosidad popular, «cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores -decía el Papa Pablo VI-.

Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Y engendra actitudes interiores, que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida diaria, desapego y devoción.pr